

¿Murió Pedro en Roma?

DAVID ÁLVAREZ CINEIRA

RESUMEN: Recientes discusiones han cuestionado de nuevo la estancia y muerte de Pedro en Roma. Las fuentes literarias no son todo lo explícitas que uno desearía, por lo que su valoración es controvertida. Igualmente, las excavaciones arqueológicas tampoco arrojan luz para dilucidar la cuestión. No obstante, el hecho de que tradiciones antiguas provenientes de zonas geográficas distintas a Roma y que ninguna otra ciudad, como Jerusalén, reclame vinculación estrecha con Pedro, pudiera explicarse por una posible visita o muerte (¿martirio?) del apóstol en la misma, sin poder determinar con exactitud ni cómo, ni cuándo. Por consiguiente, otras alternativas a la localización tradicional de su muerte son incluso mucho más hipotéticas y ficticias.

PALABRAS CLAVE: Pedro, martirio, Roma, 1 Clemente, Otto Zwierlein

SUMMARY: Recent discussions have questioned again Peter's stay and death in Rome. The literary sources are not as explicit as one would wish, so their assessment is controversial. Equally, the archaeological excavations do not throw light either to clarify the question. However, the fact that ancient traditions from geographical areas other than Rome and that no other city, such as Jerusalem, claims close links with Peter, could be explained by a possible visit or bloody death of the apostle at Rome, without to be able to determine exactly how, or when. Therefore, other alternatives to the traditional location of his death are even more hypothetical and fictitious.

KEYWORDS: Peter, martyrdom, Rome, 1 Clemens, Otto Zwierlein

¿Murió Pedro en Roma? “Parece más probable que muriera en Judea, tal vez incluso pacíficamente en cama, a mediados de los años 50”. Esta es la respuesta de un historiador de la universidad de Princeton, Brent D. Shaw, publicada en un reciente artículo, tras llegar a la conclusión general de que casi nada fiable se conoce acerca del final de la vida del apóstol

tol. No sabemos por qué sucedió, ni dónde, ni cómo. Dos hechos que a menudo se afirmaron sobre su muerte en relatos cristianos de la antigüedad —que ocurrió en el año 64, el año del incendio de la ciudad de Roma en tiempos de Nerón, y que fue crucificado— son construcciones de escritores cristianos que deseaban que ambas cosas fueran verdad. Querían que Pedro, al igual que Pablo, fuera víctima de la persecución neroniana y deseaban que su muerte se relacionara con el gran incendio, de tal forma que las dos muertes se vieran como repeticiones tipológicas de las ejecuciones de Juan el Bautista (por decapitación) y de Jesús de Nazaret (por crucifixión). Según este autor, “existen posibilidades remotas de que Pedro muriera en los años 60 y quizás incluso en Roma, pero no hay pruebas sólidas para sostener la afirmación de que fue crucificado o crucificado cabeza abajo¹. Nada sobre la muerte de Pedro en estas ficciones posteriores tiene alguna relación con una persecución general contra los cristianos en los años 60 y mucho menos con el gran incendio del 64. Convincentes, si no definitivos, se han presentado argumentos de que no existen pruebas para demostrar que Pedro hubiera estado en Roma”². En realidad, su aseveración se basa en las conclusiones de un profesor de filología clásica de la universidad de Bonn, Otto Zwierlein, quien en una obra de mucho más calado y envergadura intelectual³ expone y argumenta la tesis de que Pablo nunca visitó Roma y, por ende, no pudo fallecer en la capital del imperio.

Aunque estas afirmaciones pudieran sorprender al lector, sin embargo no constituyen nada nuevo que otros autores no hayan afirmado décadas atrás. Si Pedro estuvo en Roma, cuándo y cuánto tiempo, si fue martirizado en esa ciudad y si los restos óseos de la supuesta tumba corresponden a Pedro⁴, todas estas cuestiones han sido ampliamente debatidas ante la ausencia de pruebas claras e irrefutables, dado que Hechos de los Apóstoles deja de informar sobre Pedro de forma abrupta cuando se encontraba en

¹ ActPed 37,8: “Os suplico verdugos, que me crucifiquéis cabeza abajo y no de otra manera”; Eusebio, *HE* III 1,2: “Pedro, según parece, predicó en el Ponto, en Galacia y en Bitinia, en Capadocia y en Asia, a los judíos de la diáspora; al final llegó a Roma y fue crucificado con la cabeza para abajo, como él mismo había pedido padecer”.

² Brent D. Shaw, “The Myth of the Neronian Persecution”, *JRS* 105 (2015) 77s.

³ Otto Zwierlein, *Petrus in Rom: Die literarischen Zeugnisse. Mit einer kritischen Edition der Martyrien des Petrus und Paulus auf neuer handschriftlicher Grundlage*, Walter de Gruyter, Berlin-New York 2009.

⁴ Thomas J. Craughwell, *Saint Peter's Bones. How the Relics of the First Pope Were Lost and Found... and Then Lost and Found Again*, Imagen, New York 2013.

Jerusalén y sus inmediaciones (Hch 1-12), y no prosigue narrando qué sucedió posteriormente. ¿Tuvo éxito Pedro en sus futuros proyectos misioneros? Y si es así, ¿a dónde fue? o ¿se encontró con resistencia e, incluso, con violencia? Tampoco se relatan las circunstancias de su muerte, ni disponemos de otros textos antiguos para conocer con precisión lo sucedido.

Ante esta situación, los eruditos han vertido cantidades considerables de tinta especulando sobre lo que sucedió “después de Hechos”. Pero este no es un fenómeno nuevo. Ya en el siglo II, varios autores comenzaron a completar las lagunas de las historias apostólicas. Narraron aventuras extraordinarias, no solo de Pablo y Pedro, sino también de los apóstoles Juan, Tomás y Andrés. En siglos posteriores, los temas y el alcance de estas historias crecieron exponencialmente y cristalizaron en muchos relatos apócrifos. Estos Hechos apócrifos cumplieron funciones importantes en el cristianismo primitivo, desempeñando un papel crítico en la construcción general de la identidad cristiana, en el desarrollo de las prácticas de culto y en el equilibrio relativo de poder entre varios centros cristianos. Según algunas de estas tradiciones tardías, Pedro habría vencido en Roma a Simón el Mago e intentó abandonar la ciudad de Roma a causa de la persecución⁵, pero tras un encuentro con Jesucristo regresó a la ciudad (*Quo vadis?*, HchPed 35,6). Allí es condenado a muerte por el emperador, sufriendo el martirio en la cruz⁶. A pesar del éxito y la amplia difusión de esta historia, sus puntos débiles son tantos, que ya en la Edad Media se cuestionó su autenticidad.

⁵ Matthias Hoffmann, “Die Stadt ist zu klein für uns beide!” (Wunder des Petrus und Zauberei Simons)-ActPetr 4-15“, en: Ruben Zimmermann (Hg.), *Kompendium der frühchristlichen Wundererzählungen. Band 2: Die Wunder der Apostel*, Gütersloher Verlaghaus, Gütersloh 2017, 601-624. Para las narraciones de milagros en los Hechos de Pedro, véase el mismo libro pp. 569-681.

⁶ David L. Eastman, *The Ancient Martyrdom Accounts of Peter and Paul* (WGRW 39), SBL Press, Atlanta 2015, considera que no se puede precisar la fecha del texto del relato del martirio del apóstol Pedro, “but a date in the final quarter of the second century or the first quarter of the third century is most likely” (p. 2). Para el texto en castellano de HchPed 33-41, *Hechos apócrifos de los apóstoles. Vol. I: Hechos de Andrés, Juan y Pedro*, BAC, Madrid 2004, 540-682. Para el martirio del bienaventurado apóstol Pedro compuesto por el obispo Lino, *Hechos apócrifos de los apóstoles. Vol. III: Hechos de Felipe, martirio de Pedro...*, BAC, Madrid 2011, 224-251. Christine M. Thomas, *The Acts of Peter, Gospel Literature, and the Ancient Novel: Rewriting the Past*, Oxford University Press, New York 2003.

Todos los testimonios sobre Pedro surgieron tras su muerte, cuando su figura comenzó a adquirir gran relevancia dentro del movimiento de los seguidores de Jesús y su persona tenía un elevado significado para los escritos que conservan tradiciones sobre él, por lo que la crítica de las fuentes y de las tradiciones tiene que jugar un papel relevante. Para una valoración de la tradición y su credibilidad se deben abordar en primer lugar las fuentes más importantes, tanto literarias como los artefactos relacionados con la estancia petrina en Roma, aunque sea de forma esquemática. Así, en el apartado segundo de este artículo exponemos los testimonios literarios más relevantes hasta finales del siglo II acerca de la estancia o muerte de Pedro en la capital del imperio y cómo fue vista en diversos momentos y lugares del cristianismo, ya que los textos provienen de diversas áreas geográficas. El tercer apartado estará dedicado a las excavaciones arqueológicas vinculadas al sepulcro de Pedro. Pero en primer lugar comenzaremos con la exposición de una breve historia de la investigación para constatar la gran dificultad que presentan esas fuentes, de tal forma que han llevado a muy diversas interpretaciones. Ello sugiere cierta cautela a la hora de proponer hipótesis, ya que pueden ser tan incoherentes como las que intentan suplantar.

1. La historia de la investigación

Desconocemos quién fundó la comunidad cristiana en la capital del imperio en los años 40, pero Pedro no fue su fundador. La indicación lucana (Hech 12,17) de que este apóstol abandonó Jerusalén a inicios de los años cuarenta y se fue a otro lugar, alberga la remota posibilidad⁷ de que se trasladara a Roma. Pero difícilmente Pablo se habría entrometido en una comunidad fundada por el mismo Pedro después del acuerdo de Jerusalén (Gal 2,7), ni por el deseo expreso de no construir sobre cimientos ajenos (Rom 15,20s). Por consiguiente, es improbable que hubiera visitado la capital del imperio antes de que Pablo escribiera su carta a esa comu-

⁷ C.P. Thiede, *Geheimakte Petrus. Auf den Spuren des Apostels*, Kreuz, Stuttgart 2000, identifica el lugar desconocido de Hech 12,17 con Roma, y justifica este silencio de Lucas: "Lukas, der noch zu Lebzeiten des Petrus für einen einflussreichen Römer schreibt, hütet sich davor, Theophilus dadurch in Verlegenheit zu bringen, dass er ihm mitteilt, wohin jener Mann gegangen war, der sich der von den Römern eingesetzten Staatsgewalt durch Flucht entzogen hatte" (223).

nidad, ni tampoco se encontraba allí en la época de su composición, pues presumiblemente Pablo habría recogido ese hecho en el capítulo de saludos (Rom 16).

No obstante, una antigua tradición cristiana vincula la iglesia de Roma con la figura del apóstol Pedro. Es el único apóstol que la tradición cristiana asocia a dicha ciudad e incluso en algunas fuentes viene considerado como el primer “*episkopos*” de Roma (Ireneo, *adv.* III 1,1; 3,2; Eusebio, *HE* II 14,6), aunque no especifican el contenido del término. Esta función la desempeñaría Pedro durante veinticinco años⁸. Igualmente, otra tradición menciona que los dos apóstoles, Pedro y Pablo, sufrieron prisión (en el Foro Romano, *Mamertinum*) y murieron en Roma como mártires. Si Pedro no fue el fundador de la comunidad romana, ¿por qué llegó a ser la figura central? Tal vez por alguna relación especial con Roma, como pudo ser una visita o su muerte en la capital, pues de otra forma no se explica tal relevancia⁹.

Aunque en la actualidad, la estancia y muerte de Pedro en Roma son generalmente aceptadas, sin embargo estas cuestiones han sido controvertidas desde hace varios siglos¹⁰, en parte, por motivos confesionales, ya que en el fondo existe la acusación velada de una construcción secundaria para salvaguardar intereses de poder eclesial, especialmente el primado petrino, pero fundamentalmente porque los testimonios más antiguos no son explícitos. El tema se complica aún más, pues la cuestión de Pedro está asociada con algunos aspectos discutidos en la actualidad, como pueden ser la persecución de los cristianos por parte de Nerón¹¹ o el origen del culto de los mártires. Dentro de la investigación académica, este debate, que en sus orígenes se vio circunscrito al ámbito teológico y, mayormente, confesional, en la actualidad se ha abierto a otros campos del saber. Así

⁸ Jerónimo, *De viris illustribus* 8; Eusebio, *HE* 11,14,6; 11,15,2.

⁹ David Álvarez Cineira, “La muerte de Pedro y Pablo en Roma”, *EstAgus* 39 (2004) 445-478.

¹⁰ Para la historia del debate de la estancia de Pedro en Roma hasta los años 60, véase la obra clásica de Oscar Cullmann, *Petrus. Jünger – Apostel – Märtyrer. Das historische und das theologische Petrusproblem*, Zwingli Verlag, Zürich – Stuttgart 1960², 80-87; más recientemente, Ernst Dassmann, “Petrus in Rom? Zu den Hintergründen eines alten Streites“, en: Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom. Eine interdisziplinäre Debatte*, Herder, Freiburg i. Br. 2011, 13-31.

¹¹ Cf. recientemente el artículo de Brent D. Shaw, “The Myth of the Neronian Persecution”, *JRS* 105 (2015) 77s y el debate que ha originado.

han comenzado a participar en la discusión historiadores del mundo romano y latinistas, en ocasiones con pretensiones de ser más objetivos por estar al margen de intereses confesionales.

Aunque la tradición petrina ya había sido cuestionada en la Edad Media, especialmente entre los valdenses, y en la Reforma, la discusión adquirió en el siglo XIX una dinámica propia¹². Un hito importante en la discusión lo constituyó la publicación de la obra de Hans Lietzmann, quien tras una meticulosa investigación de la historia de la liturgia y del hallazgo arqueológico de las sepulturas de Pedro y Pablo entre gentiles, llega a la conclusión de que estos fueron sepultados en Roma durante el reinado de Nerón en los lugares en los que en la actualidad se veneran sus restos, en la colina vaticana y en la vía Ostiense. Si se inventaron los lugares de sus sepulturas, entonces debió acontecer hacia el año 170. Pero “si se quería inventar y descubrir las tumbas de los dos apóstoles, habría sido mucho mejor haberlas ubicado en alguno de los muchos lugares de enterramientos cristianos... donde era posible un culto ininterrumpido de los lugares sagrados”¹³. Su obra fue pronto criticada por H. Dannenbauer, cuyos ataques estaban dirigidos contra la validez e historicidad de la primera carta de Clemente, ya que la frase referente a la muerte de Pedro es sumamente ambigua, pues posiblemente su compositor no sabía nada al respecto. Según este autor, fue Hegesipo quien interpretó por primera vez la estancia de Pedro en Roma basándose en 1 Clem 5. Nadie sabe dónde murió Pedro, tal vez en Babilonia, tal vez en Jerusalén¹⁴.

Sin embargo, el crítico más acérrimo de una posible estancia petrina en Roma fue Karl Heussi, a quienes varios estudiosos achacaban una fobia manifiesta hacia la figura de Pedro. Este estudioso comenzó escribiendo en 1936 un pequeño folleto, “¿Estuvo Pedro en Roma?”¹⁵, dirigido contra

¹² Dominik Burkard, „Petrus in Rom – eine Fiktion? Die Debatte im 19. Jahrhundert“, en: Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 32-66, quien llega a la conclusión: „Wer die Fiktionsthese vertrat, ersetzte die entmythologisierte, Fiktion‘ meist durch eine andere. Die Brandbreite der dabei eingenommenen Standpunkte ist gross“ (p. 66).

¹³ *Petrus und Paulus in Rom. Liturgische und archäologische Studien*, Marcus und Weber's Verlag, Bonn 1915, 176s.

¹⁴ H. Dannenbauer, „Die römische Petruslegende“, *Historische Zeitschrift* 146 (1932) 239-262.

¹⁵ *War Petrus in Rom?*, L. Klotz, Gotha 1936. Karl Heussi, *Die römische Petrustradition in kritischer Sicht*, J.C.B. Mohr & Paul Siebeck, Tübingen 1954, 56: “Daß tatsächlich von den Aposteln nur Paulus in Rom gewesen sein sollte, wäre für die Römer auf die Dauer ein schwerer-

H. Lietzmann. En él afirma de forma tajante que Pedro nunca pisó la ciudad del Tíber y que el martirio de Pedro en dicha ciudad sería una leyenda. El punto de partida para la reflexión de K. Heussi es la afirmación de que Gal 2,6 presupone ya la muerte de Pedro (en torno al 55-56 d.C), por lo que toda la tradición de Pedro en Roma sería una “pura leyenda”, dado que de los lugares clásicos usados para afirmar su muerte en la urbe imperial (1 Clem 5; Ign, *Rom* 4s; 1 Pet 5,13; Jn 21,18) no se concluye necesariamente esa suposición. Todo fue una creación de la comunidad romana dada la importancia adquirida por Pedro en el cristianismo. Por su parte y en esa misma época, Erich Dinkler considera que las críticas de K. Heussi son una falsa construcción, mientras que la tesis de H. Lietzmann sería, en líneas generales, correcta. La muerte martirial de Pedro en Roma puede ser considerada como histórica con alto grado de probabilidad, porque “las fuentes no apuntan a Roma como el único lugar de origen de la tradición más antigua, sino que con mayor fuerza e independientemente de Clemente, Asia Menor aparece como un testigo independiente; 2. La tradición de Pedro en Roma ya es constatable incluso un siglo antes de su valoración política eclesial; 3. No existen tradiciones contrapuestas o contraargumentos que puedan surgir de las fuentes”¹⁶. La cuestión no se circunscribe a la estancia y la muerte de Pedro en la ciudad del Tíber como hechos en sí, sino, sobre todo, a las consecuencias.

Después del final de la Segunda Guerra mundial, el principal foco de interés se centró en las excavaciones de la necrópolis del Vaticano, mientras que el estudio de las fuentes literarias pasó a un segundo plano, ya que se esperaba el anuncio oficial del resultado de dichas excavaciones¹⁷.

trägliches Gedanke gewesen, denn Paulus gehörte eben doch nicht zu den nächsten Jüngern Jesu. Um so weniger vermochte man in Rom auf Petrus zu verzichten, als dessen Ansehen ständig wuchs und er in der Phantasie der Christen zum Weltapostel emporstieg, zum mystischen Hauptrepräsentanten des Apostolats”.

¹⁶ Erich Dinkler, „Die Petrus-Rom-Frage. Ein Forschungsbericht“, *Theologische Rundschau* N.F. 25 (1959) 189-230; 289-335; N.F. 27 (1961) 33-64, aquí p. 38.

¹⁷ Margherita Guarducci, *La tomba di Pietro. Notizie antiche e nuove scoperte*, Editrice Studium, Roma 1959, 167, concluye su libro con la siguiente afirmación: “All’inizio di queste pagine mi ero chiesta se fosse, o no, accettabile la tradizione che addita la tomba di Pietro nel cuore della basilica vaticana, e avevo affermato che soltanto uno studio rigoroso dei documenti ci avrebbe potuto offrire un’esauriente risposta. A studio terminato, posso rispondere che la tradizione è accettabile; che, anzi, l’esame obiettivo dei documenti ne ha grandemente accresciuto la forza e il valore”. Por su parte, Theodor Klauser, *Die römische Petrus-tradition*

Pero dado que estas permiten interpretaciones diferentes, ninguna de las cuales es universalmente aceptada, la investigación de las fuentes literarias adquirió de nuevo más relevancia que los hallazgos arqueológicos. Un libro de referencia tras la guerra lo constituye el sólido estudio de Oscar Cullmann, quien tras analizar detalladamente los documentos literarios antiguos, las fuentes litúrgicas y las excavaciones arqueológicas, llega a la siguiente conclusión: “En calidad de dirigente de la misión judeocristiana [Pedro] vino a Roma en un momento que es imposible determinar, pero probablemente al final de su vida y muy poco tiempo después murió allí como mártir, en tiempos del emperador Nerón”¹⁸.

En la década de los 90, Richard J. Bauckham dedica un artículo al martirio de Pedro en la literatura paleocristiana y concluye que de 1 Clem no se puede obtener ninguna información segura sobre el lugar del martirio de este apóstol en la capital, mientras que en la Ascensión de Isaías 4,2-3 se encuentra un testimonio del ajusticiamiento de Pedro en Roma a manos de Beliar Nerón¹⁹. Su análisis de las evidencias literarias, espe-

im Lichte der neuen Ausgrabungen unter der Peterskirche, Springer Fachmedien, Wiesbaden 1956, 85s., concluye su libro con estas afirmaciones: „Gesichert ist nach wie vor die Tradition von der Anwesenheit und dem Martertod des Petrus in Rom. Die Ausgrabungen haben keinen Befund erbracht, der das einhellige Zeugnis der literarischen Überlieferung erschüttert hätte... Problematisch ist weiter geblieben die Frage, wann und wie es zur Lokalisierung des Petrusgrabes an der traditionellen Stelle des vatikanischen Hügels gekommen ist“.

¹⁸ Oscar Cullmann, *Petrus. Jünger – Apostel – Märtyrer. Das historische und das theologische Petrusproblem*, Zwingli Verlag, Zürich – Stuttgart 1960², 178. El estudio de las fuentes literarias le permite afirmar: „Bis in die zweite Hälfte des zweiten Jahrhunderts behauptet kein Dokument explizit den Aufenthalt und das Martyrium des Petrus in Rom. Wir haben jedoch festgestellt: 1. Was den Märtyrertod des Petrus an sich betrifft, so besitzen wir darüber eine alte Tradition: Johannes 21,18ff., und diese scheint auch in anderen Texten vorausgesetzt. 2. Was den Aufenthalt des Petrus in Rom betrifft, so ist dieser ausgeschlossen zur Zeit, als Paulus seinen Brief an die Römer schreibt... Der erste Petrusbrief setzt in Kap. 5,13 wahrscheinlich voraus, dass Petrus irgendwann einmal in Rom gewesen ist... 3. Was den Märtyrertod des Petrus in Rom betrifft, so haben wir hierüber zwei Texte, die als indirekte Zeugnisse in Betracht kommen: 1. Clem 5 und Ignatius Röm. 4,3. Keiner von ihnen sagt explizit, Petrus sei in Rom gewesen. In beiden Fällen, ..., lässt sich aber eine hinreichend grosse Wahrscheinlichkeit nachweisen, um das Martyrium des Petrus in Rom wenn auch nicht als absolut, so doch als relativ gesicherte Tatsache in das die alte Kirche betreffende Geschichtsbild endgültig aufzunehmen, allerdings unter dem selbstverständlichen Vorbehalt, den wir vielen andern allgemein als historische Tatsachen des Altertums gegenüber machen müssen“ (pp. 127s.).

¹⁹ Richard J. Bauckham, “The Martyrdom of Peter in Early Christian Literature”, *ANRW* II 26,1 (1992) 539-595, aquí 588.

cialmente obras escritas antes de mediados del siglo II, le llevan a considerar que los siguientes puntos pueden considerarse firmemente establecidos, con alta probabilidad histórica: (1) Pedro murió como mártir (Jn 21,18-19; 1 Clem 5,4; Ignacio, *Smyrn.* 3,2; Asc Is 4,3; ApPed 14,4; cf. 2 Ped 1,14): este suceso debió constituir un hecho ampliamente conocido entre los cristianos poco tiempo después. (2) Fue crucificado (Jn 21,18-19); (3) en Roma (ApPed 14,4, cf. Asc Is 4,3; 2 Ped 1,12-15, y para su estancia en Roma, cf. 1 Ped 5,13; Ignacio, *Rom* 4,3; Papías, en Eusebio, *Hist. Ecl.* 2.15.2); (4) durante el reinado de Nerón (Asc Is 4,2-3; ApPed 14,4). (5) Su martirio por Nerón fue interpretado en categorías apocalípticas en algunos círculos cristianos, probablemente desde una fecha temprana (Asc Is 4,2-3, ApPed 14,4).

Años más tarde, H.G. Thümmel considera igualmente que, con toda probabilidad histórica, los apóstoles Pedro y Pablo habrían padecido el martirio en la urbe imperial durante el reinado del emperador Nerón. Se muestra, sin embargo, cauto en relación a los lugares de sus sepulturas, pues en ese momento todavía no se puede suponer una veneración inmediata ni, por lo tanto, una continuidad del culto, que se extiende desde el tiempo de la muerte hasta las noticias acerca de los primeros lugares de devoción provenientes de los años 160/165. En las décadas en cuestión, todavía no existe el culto de los mártires, como lo demuestra el famoso mártir romano Justino, de quien se desconoce la fecha de su muerte y el lugar de su sepultura²⁰. Esta distinción entre la estancia y muerte de Pedro en Roma, por una parte, y el lugar de su sepultura, por otra parte, es aceptada en la actualidad por la mayoría de los autores²¹. Igualmente, a finales del siglo XX se admitía como histórica de forma generalizada la estancia y muerte de Pablo en la capital del imperio, tanto en ámbito católico como protestante. Así Otto Knoch escribe: “Hoy se puede hablar de un consenso en la investigación de que Pedro y Pablo murieron en

²⁰ Hans Georg Thümmel, *Die Memorien für Petrus und Paulus in Rom. Die archäologischen Denkmäler und die literarische Tradition*, De Gruyter, Berlin 1999, 97: “Vielmehr stimmen das literarische Zeugnis und das Ergebnis der Ausgrabungen darin überein, daß vor der 2. Hälfte des 2. Jahrhunderts nichts nachweisbar ist, was auf ein Petrusgedenke hinweisen könnte. Daß auch die Todestage der Apostel nicht überliefert sind, spricht ebenfalls gegen eine Kulttradition”.

²¹ Stefan Heid, „Die Anfänge der Verehrung der apostolischen Gräber in Rom“, Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 283-308; Hugo Brandenburg, „Die Aussagen der Schriftquellen und der archäologischen Zeugnisse zum Kult der Apostelfürsten in Rom“, Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 351-382.

Roma en tiempos de Nerón”²². En términos semejantes se expresa Joachim Gnilka: “La estancia de Pedro en Roma no se discute en la actualidad de forma seria”²³. Esa misma opinión viene compartida por Martin Hengel: “No se debe dudar más acerca de la muerte de ambos apóstoles como mártires en Roma durante o poco después de la persecución neroniana”²⁴.

En los últimos años, sin embargo, se ha vuelto a cuestionar, una vez más, la estancia de Pedro en la capital del imperio. En 2003, F. Lapham volvió a reabrir el debate con su obra “*Peter: The Myth, the Man and the Writings*”, para quien Ireneo sería el primer testigo seguro de una estancia petrina en la ciudad del Tíber. Por su parte, 1 Clem 5, el pasaje que ha sido empleado más claramente para demostrar la tesis de que Pedro vivió y murió en Roma, es usado tanto por defensores como por detractores de la tradición romana. Considera que no podemos estar seguros acerca de las preguntas de dónde, cuándo y cómo murió Pedro. “Lo que se puede decir es que probablemente no fue en Roma, ni tan tarde como es el reinado de Nerón. Solo el relato de los Hechos de Pedro, motivado políticamente, lo coloca allí (cf. Hech Ped 6), aunque las Pseudo-Clementinas expresan su intención de realizar el viaje. El silencio de otras tradiciones antiguas... indicaría más bien que murió en algún lugar de sus territorios misioneros y desapareció sin dejar trazas. De forma alternativa, podemos estar tentados a especular, en base a su encarcelamiento en Jerusalén (Hech 12), que fuera ejecutado por Herodes Agripa poco después de la muerte de Santiago”²⁵. Esta última alternativa ya había sido propuesta un siglo antes por Carl Erbes²⁶ y, posteriormente, por D.F. Robinson, para quien Pedro no habría muerto en su propia cama, sino en la prisión de Jerusalén en el año 44²⁷. Esa idea recibió cierto apoyo sensacionalista por un supuesto testi-

²² Otto B. Knoch, „In Namen des Petrus und Paulus. Der Brief des Clemens Romanus und die Eigenart des römischen Christentums“, *ANRW II* 27,1 (1993) 41.

²³ Joachim Gnilka, *Petrus und Rom. Das Petrusbild in den ersten zwei Jahrhunderten*, Herder, Freiburg 2002, 122, n. 35.

²⁴ Martin Hengel, *Der unterschätzte Petrus. Zwei Studien*, Mohr Siebeck, Tübingen 2007², 160.

²⁵ *Peter: The Myth, the Man and the Writings. A Study of Early Petrine Text and Tradition* (JSNTS 239), Sheffield Academic Press, Sheffield 2003, 248.

²⁶ Carl Erbes, “Petrus nicht in Rom, sondern in Jerusalem gestorben”, *ZKG* 22 (1901) 1-47.

²⁷ D.R. Robinson, “Where and when did Peter Die?”, *JBL* 64 (1945) 255-267; W.M. Smaltz, “Did Peter Die in Jerusalem”, *JBL* 71 (1952) 211-216; Arthur Dews – Frank R. Zindler, *The Legend of Saint Peter. A contribution to the Mythology of Christianity*, American Atheist Press, Austin 1997.

monio de una inscripción encontrada en Jerusalén con el nombre de “Jonah bar Simon” que ‘definitivamente’ identificaba la tumba de Simón Pedro, no en Roma, sino en el Monte de los Olivos de Jerusalén²⁸.

Las afirmaciones de Lapham son muy moderadas en comparación con las expuestas por Michael D. Goulder, quien pretende acabar con la proliferación de las leyendas petrinas. Según este autor, tanto Pablo como los Hechos de los Apóstoles atribuyen a Pedro una responsabilidad especial en Palestina, donde se desarrolló su actividad. Posteriormente examina los cap. 4-6 de la carta de Clemente a los corintios, que data a mediados de los años 90 en Roma. Su análisis sugiere que 1 Clem desconoce tradiciones petrinas, excepto aquellas que se pueden inferir de Hechos y constata “una ignorancia total de las vicisitudes del final de la vida de los apóstoles” (p. 391); 1 Clem 4-6 sitúa a Pedro como el segundo de las siete víctimas, ordenadas cronológicamente, que murieron entre los años 40 y 70 por motivo del celo, pero no apoya su visita a Roma, ni su martirio en la capital del imperio. “La secuencia cronológica sugiere, así como hacen las evidencias de Hechos, que Pedro murió antes que Pablo en los años 50 d.C.”²⁹. Por otra parte, el Beliar de la Ascensión de Isaías se refiere a *Nero redivivus*, por lo que no se puede identificar con el Nerón histórico, ni con Pedro. Solo hacia el año 100 se formarían las leyendas acerca de una estancia del apóstol en Roma (1 Ped) y su martirio (Jn 21). Para Goulder, Pedro moriría en su cama hacia el año 55 en la ciudad de Jerusalén.

Una vía de salida a estas críticas viene propuesta por Markus Bockmuehl en un sugerente artículo, que interpreta la afirmación de la muerte de los apóstoles en 1 Clem como memoria viva de los mártires romanos “de nuestra generación”, entre los que se encontraban Pedro y Pablo³⁰.

²⁸ F. Paul Peterson, *Peter's Tomb Recently Discovered in Jerusalem*, Mckeesport, PA 1960.

²⁹ Michael D. Goulder, “Did Peter ever go to Rome?”, *Scottish Journal of Theology* 57 (2004) 377-396. 392

³⁰ “Peter’s death in Rome? Back to front and upside down”, *Scottish Journal of Theology* 60 (2007) 1-19; ligeramente reelaborado en Markus Bockmuehl, *The Remembered Peter in Ancient Reception and Modern Debate* (WUNT 262), Mohr Siebeck, Tübingen 2010, 114-132, aquí 131s. “For Peter in Rome, the continuity of a plural living memory attached to a person in a place provides a powerful counterargument to both divide-and-rule minimalism and kaleidoscopic relativism” (p. 132). Cf. Markus Bockmuehl, *Simon Peter in Scripture and Memory: The New Testament Apostle in the Early Church*, Baker Academic, Grand Rapids 2012.

Aunque no existen evidencias directas para el destino de Pedro, pero se puede concluir que la reivindicación del martirio petrino es, de hecho, acorde a la corriente principal de la memoria viva romana, tal y como se presenta en los siglos primero y segundo. Clemente, en concreto, guarda silencio sobre la crucifixión, pero otros escritores de este período, comenzando ya por Jn 21, son claros en el tema. Sin embargo, es más difícil determinar hasta qué punto la crucifixión de Pedro “cabeza abajo” expresa la memoria viva. Además, los dos primeros siglos subrayan la notable singularidad de la memoria petrina en Roma. No existen *otros lugares que compitan* entre sí por poseer la tumba de Pedro durante este período o más tarde, ni en el Este ni en el Oeste, ni entre ortodoxos ni entre heréticos. Nadie cuestionó esa memoria, ni siquiera Porfirio, a pesar de su desprecio manifiesto hacia la persona de Pedro. Pero si la existencia de la supuesta tumba desconocida de Pedro en Jerusalén estuviera disponible en la tradición oral o escrita, tal y como Gouldner u otros críticos defienden, se esperaría una hagiografía o polémica alternativa.

Para concluir con esta breve historia de la investigación, expondremos con más detalle la reconstrucción de la génesis de la tradición sobre los mártires Pedro y Pablo en Roma que propone el filólogo Otto Zwierlein, debido a los debates que ha suscitado recientemente y porque su argumentación da la impresión de gran unidad³¹. Según este latinista, el punto de partida de la creación de leyendas era, contrariamente a su propia intención, el escrito de los Hechos de los Apóstoles. Su autor había guardado deliberadamente silencio sobre el final de los dos apóstoles porque hacia los años 90 o 100 no tenía a su disposición más información al respecto (p. 243). Así pues, en la segunda década del siglo II d.C., Hechos habría sido la única fuente de información acerca de Pedro y Pablo disponible para 1 Clem, cuyo autor también pudo haber conocido las cartas Pastorales y 1 Ped. La conclusión es que el escritor de la carta de Clemente, que se debe datar en los años 120-125 d.C., al inicio de la era de Adriano (cf. *infra*), no sabía nada acerca de la permanencia de Pedro en la ciudad del Tíber, ni de la persecución de Pedro y Pablo, ni del martirio de ambos apóstoles en la ciudad durante el periodo de Nerón, es decir, no disponía de ningún tipo de información, excepto la que pudo extraer de los Hechos

³¹ Además de la obra citada previamente y a la que corresponden las páginas que se citan aquí, cf. Otto Zwierlein, *Petrus und Paulus in Jerusalem und Rom. Vom Neuen Testament zu den apokryphen Apostelakten*, Walter de Gruyter, Berlin - Boston 2013, 4-30.

canónicos y de otras escrituras del NT (p. 30 y 332). Una datación tardía de 1 Clem refuerza el enfoque unilateral que presenta el escrito sobre los dos apóstoles (1 Clem 5,1-7).

En base a 1 Clem 5, más tarde, entre los años 170 y 190, el Pseudo-Ignacio sacó la conclusión errónea de que Pedro y Pablo estaban juntos en Roma (Ignacio, *Ad. Rom.* 4,3). Pero ni el Pseudo-Ignacio ni el obispo Dionisio de Corinto en el año 170 (Eusebio, *HE* II 25,8) consideraron a ambos apóstoles como mártires. Esta idea y presentación aparecerá por primera vez entre los años 180 a 190 en los Hechos de Pedro, totalmente legendarios. Del estudio de las fuentes literarias, nuestro autor llega a una rotunda conclusión: “Pedro nunca estuvo en Roma y, según la primera carta de Clemente y probablemente también la segunda epístola de Pedro, no padeció la muerte de un mártir” (p. 146).

La publicación de Otto Zwierlein propició la organización de dos simposios en 2010³² dedicados a la estadía de Pedro y Pablo en la capital imperial, en los que varios participantes cuestionaron y rebatieron sus tesis, especialmente la interpretación de 1 Clem, tal y como veremos en el próximo epígrafe a la hora de exponer las fuentes literarias. Su obra, sin embargo, también ha encontrado acogida entre estudiosos, como el mencionado Brent Shaw.

2. Fuentes literarias

Pablo y los sinópticos no informan del final de la vida de Pedro, sin embargo, el cuarto evangelio, tal y como se ha interpretado generalmente, realiza una clara alusión a la muerte cruenta del apóstol como consecuencia del seguimiento de Jesús: “Adonde yo voy, tú no puedes seguirme ahora; algún día lo harás. Pedro insistió: ‘Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Estoy dispuesto a dar mi vida por ti’” (13,36s). El autor y su público saben que la profecía de Jesús se había cumplido, es decir, que Pedro había sufrido la muerte. Este conocimiento se constata en Jn 21,18-19, proveniente del redactor final del evangelio. El mandato de Jesús a Pedro en 21,19 (“¡Sígueme!”) y el anuncio profético de Jesús sobre la muerte de Pedro (“te aseguro que cuando eras más joven, tú mismo te ce-

³² Las actas han sido publicadas por Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom. Eine interdisziplinäre Debatte*, Herder, Freiburg i. Br. 2011.

ñas el vestido e ibas adonde querías; mas, cuando seas viejo, *extenderás los brazos* y será otro quien te ceñirá y te conducirá adonde no quieras ir”, Jn 21,18-19) se hacen eco de la promesa de 13,36 de que, si bien Pedro no puede seguir a Jesús “ahora”, lo hará “después”, es decir, tras la glorificación del maestro. Esta vinculación de los textos 21,36 y 13,36 hace que la mayor parte de los comentarios modernos defiendan que la expresión “extender las manos”, aunque sea ambivalente, se refiera a la crucifixión de Pedro³³, tal y como ya la interpretó Tertuliano (*Scorpiace* 15³⁴). Por consiguiente, el seguimiento de Jesús al que se invita a Pedro en 21,19 culminaría en su martirio, pues esta profecía *ex eventu* no anunciaría solo la muerte, sino también su tipología, es decir, se trataría de una predicción críptica del martirio de Pedro. Asimismo, la frase “glorificar a Dios” pudiera sugerir la muerte de un mártir, aunque más bien debido al uso joánico con referencia a la muerte de Cristo (12,8; 13;31-32; 17,1.4), y no tanto por los supuestos paralelos de otra literatura cristiana primitiva que se citan habitualmente (1Ped 4,16; Mart. Pol. 14,3; 19,2).

El cuarto evangelio no proporciona ninguna indicación referente al tiempo y lugar de la defunción del pescador de Galilea. En vista de la edad de Pedro (cf. Mc 1,30), sabemos que, en cualquier caso, es poco probable que muriera después del 80 d.C. La datación comúnmente aceptada de la composición de Jn hacia finales del primer siglo³⁵, no nos proporciona un

³³ Cf. Jean Zumstein, *El evangelio según Juan. Jn 13-21* (BEB 153), Sígueme, Salamanca 2016, 398; Timothy D. Barnes, “‘Another Shall Gird Thee’: Probative Evidence for the Death of Peter”, en: Helen K. Bond - Larry W. Hurtado (eds.), *Peter in Early Christianity*, W.B. Eerdmans, Grand Rapids, MI – Cambridge 2015, 76-97. Zwierlein (pp. 120-124) propone una interpretación excéntrica del pasaje, quien a toda costa intenta evitar ver aquí una referencia a la muerte de Pedro; una crítica muy fundada de su interpretación se puede encontrar en Christian Gnllka, „Philologisches zur römischen Petrustradition“, en: Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 258-263.

³⁴ “Nerón fue el primero en bañarse en la sangre de la cuna de la fe. *Entonces Pedro, según la promesa de Cristo, fue ceñido por otro cuando es suspendido en la cruz*”. Se conservan varios textos del siglo II, donde la expresión “extender las manos” es interpretada como signo de la crucifixión, cf. Richard Bauckham, “The Martyrdom of Peter” 547.

³⁵ „Kritisches zur Römischen Petrustradition und zur Datierung des Ersten Clemensbriefes“, *Göttinger Forum für Altertumswissenschaft* 13 (2010) 87-157, 95-97 data sin fundamento Jn 21 „tal vez hacia el año 160“: „Es scheint erst um 160 dem ursprünglichen Johannesevangelium angegliedert worden zu sein” (p. 93). “Esto, al igual que la fuente subyacente 2Cor 5,1-4 (6-10), apunta más a una muerte no violenta y, por consiguiente, apoya la idea de que un martirio de Pedro, tal y como se constata en el capítulo añadido de Jn 21 (18s),

terminus ad quem previo para la muerte de Pedro. Al menos, un grupo cristiano en Siria o Asia Menor conocía a finales del siglo I algo acerca del destino de Pedro, aunque el tipo de su muerte no se describe claramente en ningún escrito. In tampoco menciona el lugar de la defunción del apóstol, pero es probable que fuera conocido en su comunidad.

El lugar viene indicado, sin embargo, aunque de forma críptica, en la denominada 1ª epístola de Pedro, generalmente considerada pseudopetrina y compuesta a finales del siglo I d.C. en Asia Menor³⁶. Dentro de este escrito y a pesar de las incertidumbres históricas, 1 Ped 5,13 testimonia probablemente el relato más antiguo de la estancia de Pedro en la ciudad de Roma, como lo confirman una serie de testimonios posteriores del s. II. En la sección conclusiva de los saludos escribe: “Os saluda la elegida en Babilonia y también Marcos, mi hijo”. Los estudios recientes aceptan que la frase se refiere de forma metafórica a la iglesia desde la que se escribió la misiva (cuyos miembros compartieron la elección con los lectores de 1 Pedro; cf. 1,1). De ello se deduce que el uso del término “Babilonia” en esta epístola debe ser una referencia a Roma, en consonancia con la tradición apocalíptica judía y cristiana del nombre de esta ciudad mesopotámica³⁷. No existe ningún apoyo para la opinión de que el nombre del lugar deba entenderse de forma literal, refiriéndose a la famosa Babilonia de Mesopotamia, ni a un oscuro asentamiento militar del mismo nombre cerca de El Cairo en Egipto. Por eso Armin D. Baum concluye en el estudio de este pasaje que la clásica interpretación de Babilo-

se haya desarrollado en el tiempo tras la segunda epístola de Pedro, sí, posiblemente, se ha introducido en la edición canónica mediante el editor (o los editores) de los años 160 (?)” (p. 96).

³⁶ Varios estudiosos consideran la carta auténtica, compuesta al final de su vida. Pocos, por el contrario, divergen del consenso general de la datación de 1 Ped (60-95 d.C.), entre ellos Karl Heussi y Otto Zwierlein, *Petrus* 308-315, quienes consideran como “improbable” que la composición de la carta tuviera lugar en el siglo I d.C., y asumen su origen a inicios del siglo II, en la segunda parte del reinado de Trajano (98-117 d.C.). No aportan, sin embargo, una explicación más detallada para la defensa de esta posición minoritaria.

³⁷ Para la identificación de Babilonia con Roma, cf. Michael Durst, „Babylon gleich Rom in der jüdischen Apokalyptik und im frühen Christentum. Zur Auslegung von 1 Petr 5,13“, en: Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 422-443. „Dieser indirekte Ortsbezug auf Rom hat keinen anderen Sinn, als den Verfasser als den, authentischen Petrus erscheinen zu lassen. Dies wiederum konnte aber nur dann plausibel und stimmig sein, wenn im Bewusstsein des Verfassers wie seiner Adressaten feststand, dass der historische Petrus in Rom ansässig gewesen war bzw. sich dort aufgehalten hatte. Insofern ist 1 Petr 5,13 als ein – wenn auch indirektes – frühes Zeugnis für die römische Petrus-tradition zu werten“ (p. 442s.).

nia como referencia a Roma, capital del imperio, es “probablemente” correcta³⁸. Si se trata de una carta auténtica, entonces 1 Ped 5,13 es una buena evidencia de que Pedro visitó la ciudad del Tíber en algún momento de su vida. Naturalmente, la frase no prueba que Pedro muriera en Roma, pero al menos proporciona plausibilidad a la tradición posterior que considera la capital del imperio como lugar de su muerte. Si 1 Ped es pseudopigráfica, muestra que su autor creía que Pedro había vivido en Roma y señala una tradición muy antigua de su estancia en dicha ciudad. De los datos de la carta no es factible determinar el lugar de la composición ni los destinatarios, pero se puede presuponer a las comunidades de las provincias mencionadas al inicio del escrito (1,1: “el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia”) como destinatarias de la misiva, lo cual sugiere que en Asia Menor existía un cierto conocimiento acerca de la relación de Pedro con la ciudad imperial.

Según Richard Bauckham, si 2 Ped 1,14 (“pues sé que en breve, según me lo ha manifestado nuestro Señor Jesucristo, habré de abandonar este mundo”) alude al dicho de Jn 21,18, entonces se referiría indirectamente, no solo a la muerte de Pedro, sino a su martirio. Al escribir una obra en la forma del testamento de Pedro, la iglesia romana afirmó que estaba preservando fielmente el mensaje apostólico que el apóstol había predicado y, a su muerte, legado a la iglesia. Esto hace que 2 Ped sea un testimonio temprano de la propia tradición de la iglesia romana sobre el martirio del pescador de Galilea. Que Pedro esté representado en 2 Ped mientras escribe, desde Roma, sabiendo que su muerte era inminente, sugiere, aunque no pueda demostrarse, que Roma era considerada como lugar de su muerte³⁹.

Entre los denominados Padres Apostólicos se encuentra uno de los pasajes literarios clave y más conocido, a la vez que difícil y ambiguo, 1 Clem 5,1-6,2. Esta carta comunitaria de la iglesia en Roma dirigida a Corinto suele datarse en los años 95-97 d.C., aunque otros autores prefieren datarla entre los años 80 y 140 d.C.⁴⁰. Zwierlein defiende una datación tar-

³⁸ Armin D. Baum, “Babylon” als Ornamenmetapher in 1 Petr 5,13 auf dem Hintergrund der antiken Literatur und im Kontext des Briefes, en: Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 180-220: “Die alte Angabe, dass Petrus sich in ‘Babylon’ = Rom aufgehalten hat, behält auch dann ein erhebliches historisches Gewicht, wenn der Brief sich weder direkt noch indirekt auf den Apostel zurückführen lässt“ (p. 218s).

³⁹ Richard Bauckham, “The Martyrdom of Peter” 553.

⁴⁰ Para una discusión sobre la datación del escrito, cf. Lothar Wehr, *Petrus und Paulus - Kontrahenten und Partner. Die beiden Apostel im Spiegel des Neuen Testaments, der Aposto-*

día, constituyendo un testigo temprano de la época de Adriano. Para ello aduce las peticiones a favor de la autoridad estatal, el ave Fénix y las monedas del emperador Adriano, y la armonía del cosmos en Dion de Prusia y 1 Clem 20. Por el contrario, Horacio E. Lona, autor de un extenso comentario a 1 Clem, analiza esos argumentos y concluye que no prueban una datación tardía de la obra debido a deficiencias en el análisis textual y a las predicciones inadecuadas para la comprensión del texto⁴¹. Veamos lo que dice el texto y su interpretación:

“Por emulación y envidia fueron perseguidos los que eran máximas y justísimas columnas de la Iglesia y sostuvieron combate hasta la muerte. Pongamos ante nuestros ojos a los santos apóstoles. A Pedro, quien por inicua emulación, hubo de soportar no uno ni dos, sino muchos más trabajos. Y después de dar así su testimonio, marchó al lugar de la gloria que le era debido. Por la envidia y rivalidad mostró Pablo el galardón de la paciencia.... Y después de haber enseñado a todo el mundo la justicia y de haber llegado hasta el límite del Occidente y dado su testimonio ante los príncipes, salió así de este mundo y marchó al lugar santo, dejándonos el más alto dechado de paciencia (5,2-7).

Para O. Cullmann, este texto, al igual que Hech 28, silencia la muerte de Pedro y Pablo en Roma y se interroga por los motivos de dicho martirio. Tras examinar las evidencias lingüísticas del uso de los términos “envidia” y “discordia” (ζῆλος καὶ φθόνος καὶ ἔρις) en 1Clem y las evidencias literarias, llega a la siguiente conclusión: Pedro y Pablo murieron *víctimas de los mismos cristianos*. Con ello no pretende decir que fueron martirizados por sus propios correligionarios, sino que las autoridades romanas intervinieron contra ellos por la denuncia de algunos cristianos romanos, del mismo modo que Moisés tuvo que huir del rey de Egipto debido a la envidia de un “compatriota”. La envidia de la que habla Clemente no se explica con más detalle y no podemos decir con exactitud en qué consistió. Pero en cualquier caso, parece ser que fue la envidia de los

lischen Väter und früher Zeugnisse ihrer Verehrung (Neutestamentliche Abhandlungen N.F. 30), Aschendorff, Münster 1996, 291ss., quien opta por una datación imprecisa desde finales del siglo I hasta inicios del siglo II.

⁴¹ Horacio E. Lona, “‘Petrus in Rom’ und der Erste Clemenbrief“, en: Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 221-246. Así mismo, critica las supuestas dependencias literarias de 1 Clem de Hechos de los Apóstoles.

crístianos y no la de las autoridades romanas la que causó la muerte de los apóstoles. Las autoridades romanas no tenían motivos en ese tiempo para tener envidia de un grupo insignificante. O. Cullmann cree que hubo en Roma una disputa tan violenta entre cristianos que atrajo la atención de las autoridades romanas. Estas intervinieron y mataron a los dos líderes. Así se explicaría el silencio deliberado de Lucas y Clemente, con el objeto de evitar recordar este acontecimiento trágico y penoso de la historia de la iglesia romana.

Este mutismo sobre los últimos momentos de la vida de ambos apóstoles originó que los escritores cristianos posteriores carecieran de información. Así se explica, concluye O. Cullmann, el hecho de que tengamos tan pocos testimonios del martirio en la literatura cristiana: sin lugar a dudas, se intentó silenciar las penosas circunstancias en que había sucedido la muerte de Pedro⁴². La actitud de los cristianos, que causaron la muerte de otros cristianos, no era muy edificante para el resto de la comunidad. Esta hipótesis, tan atractiva a primera vista, tiene sus puntos discutibles como han demostrado varios críticos⁴³.

Por su parte, O. Zwierlein considera que la inicua emulación o envidia provenía más bien de los dirigentes judíos que combatían a los cristianos, tal y como aparece en Hechos, y no haría referencia ni a las autoridades romanas, ni a denuncias internas cristianas. Tales animadversiones de los judíos conducían frecuentemente a persecuciones legales. Al igual que para Pedro, las persecuciones, a las que Pablo, según 1Clem 5,6s., estuvo expuesto y que le exigen el precio competitivo de la paciencia “por celos y polémica”, implican solo una referencia indirecta a Roma; principalmente, estas persecuciones se refieren a los conflictos con los judíos y otros adversarios en sus viajes misioneros.

En opinión de O. Zwierlein, el autor de 1 Clem se basó en Hech para obtener información acerca del destino final de Pedro. Así, el paralelismo y diferenciación de las dos máximas columnas de la Iglesia en 1Clem 5,2 estaría en estrecha conexión con Hechos de los Apóstoles, quien dedica un tercio de su obra a Pedro y el resto a Pablo (p. 16). Una de las expresio-

⁴² Esta teoría fue presentada en un artículo “Les causes de la mort de Pierre et de Paul d’après le témoignage de Clément Romain”, *RHPR* 10 (1930) 294-300, y en su libro *Petrus. Jünger - Apostel - Märtyrer*; Zwingli Verlag, Zürich - Stuttgart 1960², 87ss.

⁴³ Otto Karrer, *Peter and the Church. An Examination of Cullmann’s Thesis* (QD 8), Herder and Herder-Burns & Oathes Limited, New York - London 1970³.

nes clave para la interpretación del pasaje es: “Y después de dar así su testimonio [οὐτω μαρτυρήσας], marchó al lugar de la gloria que le era debido”. La interpretación de O. Zwierlein, tal y como ya habían afirmado previamente otros estudiosos, es correcta al afirmar que οὐτω μαρτυρήσας no se debe entender en términos de un testimonio de sangre⁴⁴. 1 Clem emplea el término μαρτυρεῖν –juntamente con sus derivados– en 46 ocasiones, pero siempre en el sentido amplio de “testimoniar”, pero en ningún texto aparece como término técnico de ‘martirio’. Aquí no se habla de un testimonio de sangre. El concepto adquiriría ese significado mucho más tarde, como muy pronto en el año 170, en el ‘martirio’ del Policarpo de Esmirna. En consecuencia, la carta de Clemente formula el testimonio de forma neutral (5,7): “Entonces (es decir, después de haber cumplido todos sus deberes) dejó el mundo y vino al lugar santo [sc. la Jerusalén celestial] - (para los hombres) se ha convertido en el mayor ejemplo de resistencia y paciencia en el sufrimiento” (p. 17). Igualmente, el testimonio dado por Pablo se debe interpretar en el sentido que aparece en Hech 23,11. No se habla de un testimonio de sangre.

Por lo que respecta a 1 Clem 6,1 (“A estos hombres que llevaron una conducta de santidad vino a agregarse una *gran muchedumbre de escogidos*, los cuales, después de sufrir por envidia muchos ultrajes y tormentos, se convirtieron *entre nosotros* en el más hermoso ejemplo”), O. Zwierlein afirma que no hace referencia específica a la ciudad del Tíber, y la conducta de santidad incluye el trascurso completo de la vida honorable de los dos apóstoles con todas las diferentes etapas del camino de esta vida, no exclusivamente sus últimos años, ni su actitud ante la muerte. Siguiendo los pasos de los apóstoles, ellos mismos se convierten en ejemplos sobresalientes de firmeza entre los cristianos (contemporáneos): “entre nosotros” no significa “entre nosotros, los romanos”, como el texto a menudo ha sido erróneamente interpretado, sino “entre nosotros los cristianos” o “entre los cristianos de nuestra época”.

⁴⁴ Lothar Wehr, *Petrus und Paulus* 298. Este autor considera que este pasaje testimonia sin duda la muerte martirial de ambos apóstoles. “Dies ergibt sich aus der Übernahme einzelner Märtyrer-Motive, aus der Einfügung des Leidens der Apostel in eine Reihe mit anderen Blutzügen und aus 1 Clem 5,2 (bis zum Tode gekämpft)... No es seguro, sin embargo que se pueda concluir de las indicaciones de 1 Clem que los dos apóstoles murieron en Roma” (p. 300). Andreas Lindemann, *Die Clemensbriefe* (HNT 17), J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen 1992, 38, concluye que del v. 4 no se puede reconocer si el escritor de 1 Clem tenía conocimientos del martirio de Pedro.

Estas propuestas de O. Zwierlein no han quedado exentas de críticas y objeciones. Así, Horacio Lona considera errónea la interpretación de la expresión “marchó al lugar de la gloria que le era debido” (1 Clem 5,4) como referencia “a la Jerusalén celeste” (p. 30), dado que el texto no da pie a esa interpretación. “Cuando los dos alcanzaron el lugar de la gloria o el lugar sagrado, significa figurativamente la muerte de los apóstoles y su recompensa celestial. En el caso de Pablo, esto se encuentra inequívocamente expresado mediante la observación: ‘salió así de ese mundo’ (5,7)”⁴⁵. Igualmente, 1 Clem 5,4 informa que Pedro tuvo que soportar muchos trabajos (πλείονας ὑπήνεγκεν πόνους). El término “trabajo” (πόνους) señala frecuentemente en 4 Mac los sufrimientos de los mártires (2 Mac 7,1-41; 4 Mac 5-6; 8-14). Si se tiene en consideración el contexto literario y el origen tradicional del empleo concreto de estos conceptos, entonces se pueden reconocer en 1 Clem 5 distintos indicios de la muerte de los apóstoles.

H. Lona concluye que el examen de los argumentos aducidos por el latinista de Bonn para excluir cualquier referencia al martirio de Pedro y Pablo en Roma en 1 Clem 5,1-7, demuestra que se basan en un análisis textual inadecuado, ya que no tiene en consideración contextos identificables (p. 244). Sin embargo, de esta evaluación crítica no se deduce que el texto ofrezca una respuesta históricamente segura a la pregunta sobre la estancia de Pedro en Roma. En general, es válido el principio de no esperar del texto o no querer obtener de él más de lo que da de sí. De hecho, se debe admitir que el resultado no es todo lo prometedor que uno pudiera desear. Sin embargo, a pesar de la ausencia de una afirmación clara, aún es posible constatar varios indicios que hablan a favor de la interpretación convencional del texto: Pedro y Pablo murieron como mártires en Roma. En cualquier caso, esta interpretación permanece mucho más cerca del texto que la elucidación propuesta por O. Zwierlein⁴⁶.

Por su parte, Christian Gnilka⁴⁷ analiza los textos de Dionisio de Corinto (c. 170 d.C.) referentes a la estancia de ambos apóstoles en la ciudad de las siete colinas (Eusebio, *HE* 2,25,8), de Cipriano sobre la cátedra de Pedro, de Tertuliano, *scorp* 15,1/4 sobre el martirio de los apóstoles, la

⁴⁵ Horacio E. Lona, “Petrus” 223.

⁴⁶ *Ibid.*, 227.

⁴⁷ Christian Gnilka, „Philologisches zur römischen Petrustradition“, en: Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 247-282.

predicción del martirio de Pedro en Jn 21,18-19, la fórmula conclusiva de 1 Ped 5,13, y la envidia como motivo de persecuciones en 1 Clem. En referencia a este último escrito, la frase de 1 Clem 5,2 (διὰ ζῆλον καὶ φθόνον οἱ μέγιστοι καὶ δικαιοτάτοι στύλοι ἐδώθησαν καὶ ἕως θανάτου ἠθλησαν) no significa que los apóstoles estaban celosos de sufrir durante toda su vida, hasta que murieron, en algún lugar y de alguna manera. El significado sería más bien, que fueron perseguidos y combatieron hasta la muerte, es decir, la muerte fue parte y la finalización de su ἀθλος (p. 269). O. Zwierlein entiende ἕως θανάτου simplemente como limitación temporal de la vida. Aquí se trata, dice él, “de todo el curso de la vida respetable de ambos apóstoles a lo largo de las diversas etapas de este viaje de la vida” (p. 23s). La muerte misma, como última y más elevada estación, está fuera de consideración en Zwierlein, lo cual es un error. La cuestión no está en el verbo “dar testimonio”, pues todavía no ha adquirido el sentido técnico posterior para designar el martirio, aunque ya se constatan los primeros atisbos hacia ese sentido martirológico. Es significativo que el texto mencione a estos apóstoles y no a otros mártires más antiguos, como pudieran ser Esteban, los Zebedeos, el hermano del Señor, de algunos de los cuales tenían referencias en Gal 2,9.

“Después de todo, no se puede dudar de que el destino de Pedro y Pablo está ordenado por Clemente en esta visión histórica integral. Sus vidas y muertes están bajo el signo del ζῆλος. Son ‘ejemplos nobles’ no solo por sus sufrimientos, sino también y sobre todo por sus muertes. Se presentan como mártires en una larga serie que se inicia desde Abel y encuentra su existencia continua hasta el presente del autor. El texto no conduce necesariamente a Roma como el lugar de sus martirios. Pero no hay nada en él que contradiga tal suposición. Esta carta no debilita la tradición” (p. 275). La vinculación a Roma no es completamente segura, pero no parece que exista otra solución más plausible.

De una época semejante provienen las denominadas cartas de Ignacio, de las que la carta a los Romanos siempre se trae a colación para nuestra temática, aunque se continúa discutiendo sobre su autenticidad y datación⁴⁸. Ignacio menciona a Pedro y Pablo, a quienes considera que ya

⁴⁸ Richard J. Bauckham, “The Martyrdom of Peter” 563s., considera que también la carta a los *Esmirniotas* III 2, “por eso despreciaron la misma muerte o, más bien, se mostraron superiores a la muerte”, se referiría a la muerte de Pedro: “The fact that Ignatius evidently assumes that several of the twelve besides Peter were martyrs may indicate that his knowledge of Peter’s martyrdom does not simply derive from 1 Clement, which he may have known”.

habrían alcanzado la libertad, que él mismo estaría a punto de lograr mediante el martirio:

Halagad más bien a la fieras, para que se conviertan en sepulcro mío y no dejen rastro de mi cuerpo, con lo que, después de mi muerte, no seré molesto a nadie. Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo. Suplicad a Cristo por mí, para que por esos instrumentos logre ser sacrificio para Dios.

No os doy órdenes como Pedro y Pablo. Ellos eran apóstoles; yo soy un condenado a muerte; ellos eran libres; yo, hasta el presente, soy un esclavo. Pero si sufro el martirio, seré un liberto de Jesucristo y en Él resucitaré libre. Ahora, encadenado, aprendo a no desear nada” (Ignacio, *Rom* 4,2-3).

Este pasaje se ha leído a menudo como una indicación de que Ignacio estaba al tanto de la estancia de los dos apóstoles en la ciudad imperial. La elección de ambos como ejemplos de apóstoles podría explicarse simplemente por su prominencia en la mente de Ignacio: conocía las cartas de Pablo, además que ambos dirigentes pertenecían a los orígenes apostólicos de su propia iglesia en Antioquía. Sin embargo, otros textos en los que Ignacio se compara con los apóstoles dado el paralelismo verbal entre su carta a los *Tralianos* 3,3 y *Romanos* 4,3, hacen que sea probable que se refiera a Pedro y Pablo porque los asoció con la iglesia de Roma a la que está escribiendo⁴⁹. Estos habrían dado órdenes a la iglesia en Roma. En el caso de Pablo, pudiera referirse a su carta a los romanos, pero se sabía que Pedro no había escrito a la iglesia romana, por lo que es probable que Ignacio pensara que ambos habían ejercido el ministerio de la predicación en Roma. *Romanos* 4,3, por lo tanto, pudiera contar como testimonio de que Pedro pasó algún tiempo en Roma. Sin embargo, es mucho más dudoso que el texto implique sendos martirios en la capital del imperio⁵⁰, aunque William Schoedel interpreta que Pedro y Pablo fueron como viajeros “libres” hacia sus martirios en la ciudad de las siete colinas. En el caso de Pablo, lo llevaron encadenado y escoltado, pero sin ser condenado por el tribunal del gobernador en Jerusalén, debido a que como ciudadano

⁴⁹ Según W. Bauer – H. Paulsen, *Die Briefe des Ignatius von Antiochia und der Polykarpbrief* (HNT 18), J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen 1985², 73, Ignacio menciona a ambos, porque para él constituían un “fester Begriff”.

⁵⁰ Richard J. Bauckham, “The Martyrdom of Peter” 565s.

romano, había apelado al César. Ignacio se diferencia de los apóstoles en que solo, a través del martirio, puede llegar a ser como ellos⁵¹.

El apocalipsis de Pedro en su versión griega (Fragmento Rainer, PO XVII, 1924, 18,482-483) presupone el martirio del apóstol en Roma presentado como un *vaticinium ex eventu* acerca de la muerte de Pedro: “He aquí, te lo he manifestado todo, Pedro, y lo he expuesto. Entra en la ciudad que gobierna el oeste y bebe el cáliz que te he prometido a manos del hijo de aquel que está en el Hades, para que comience su destrucción y puedas ser digno de la promesa...”. La datación del texto, que presumiblemente surgió en Alejandría, es discutida, aunque se asume que es anterior a la guerra de Bar Kokba contra los romanos⁵². La comunidad se encuentra bajo presión y su autor presenta al fallecido Pedro como modelo martirial. El cáliz hace referencia posiblemente a una muerte violenta (cf. Mc 10,39). La ciudad que gobierna sobre occidente claramente es una metáfora para designar la capital del imperio. No se menciona el tipo de muerte que padeció Pedro, ni tampoco se puede certificar que identifique al hijo que está en Hades con Nerón. Esta tradición, que resalta la figura de Pedro de forma aislada, es la más antigua frente al paralelismo de Pedro y Pablo⁵³.

De una época coetánea procede otro apocalipsis cristiano⁵⁴, la Ascensión de Isaías, en el que se habla de un rey injusto:

“Y después de que haya llegado a su consumación, Beliar, el gran príncipe, el rey de este mundo que lo ha gobernado desde que nació, des-

⁵¹ William R. Schoedel, *Die Briefe des Ignatius von Antiochien. Ein Kommentar*, Chr. Kaiser, München 1990, 284.

⁵² C. Detlef G. Müller, “Apocalypse of Peter”, en: Wilhelm Schneemelcher (ed.), *New Testament Apocrypha. Vol. II: Writings relating to the Apostles; Apocalypses and Related Subjects*, James Clarke – Westminster/John Knox Press, Cambridge 1992, 622, propone una fecha entorno al año 135 d.C. En este sentido, merece la atención que Clemente de Alejandría consideró el apocalipsis de Pedro como Sagrada Escritura (Eusebio, *HE VI 14,1*), por lo que sería la prueba de su origen de la primera mitad del siglo II. Para el texto de este fragmento p. 637, n. 43.

⁵³ Joachim Gnilka, *Petrus 123*, la considera como una tradición independiente de los años 90.

⁵⁴ C. Detlef G. Müller, “The Ascension of Isaiah”, en: Wilhelm Schneemelcher (ed.), *New Testament Apocrypha. Vol. II*, 604: “In its present form the Ascensio Isaiae is a Christian work, which was put together at the earliest in the second half of the 2nd century”. O. Zwierlein opta, en contra la *opinio communis*, por una datación tardía del documento (siglo III d.C.), en lugar de otras dataciones que postulan finales del siglo I d.C.

cenderá; bajará de su firmamento en forma de un hombre, un rey sin ley, un matricida, quien a su vez (incluso) este rey perseguirá la planta que los Doce Apóstoles del Amado han plantado; y uno de los doce será entregado en su mano” (4,2-3).

Todos los comentarios se muestran unánimes en afirmar que el rey sin ley y matricida se identifica exclusivamente con Nerón. Igualmente, no existe ningún otro apóstol de los Doce, exceptuando Pedro, del que se pueda decir que será entregado en sus manos, aunque el nombre del apóstol queda velado. Pablo está excluido, pues no perteneció al grupo de los Doce y, además, este apocalipsis cristiano ignora totalmente su persona. Si no se nombra a Pedro expresamente es porque el texto sigue el estilo apocalíptico de una determinación indirecta. No se indica el contexto de su defunción, pero presumiblemente la mención del nombre de Nerón era suficiente para evocar su contexto. Tampoco se señala el tipo de deceso sufrido y el lugar de la muerte queda silenciado, no obstante la mención del emperador, aunque no de forma obligatoria, haría sugerir con gran probabilidad la ciudad de Roma.

Finalmente mencionaremos al obispo Dionisio de Corinto, quien en torno al año 170, en una carta a Soterio, obispo de Roma, asocia a Pedro y Pablo. Este escrito destaca sus enseñanzas y martirio en Italia. Para Dionisio, por lo tanto, la vida y la actividad del pescador de Galilea en la ciudad del Tíber está fuera de toda duda, tal vez como una interpretación de 1 Clem o porque dispusiera de información propia. Eusebio de Cesarea transcribirá esta carta:

Que los dos sufrieron martirio en la misma ocasión lo afirma Dionisio, obispo de Corinto, en su correspondencia escrita con los romanos, en los términos siguientes: «En esto también vosotros, por medio de semejante amonestación, habéis fundido las plantaciones de Pedro y de Pablo, la de los romanos y la de los corintios, porque después de plantar ambos en nuestra Corinto, ambos nos instruyeron, y después de enseñar también en Italia en el mismo lugar, los dos sufrieron el martirio en la misma ocasión»⁵⁵.

Las razones del martirio de Pedro son confusas. Pudiera haber sido por la conexión con el gran fuego de Roma, en caso de sea factible establecer dicha vinculación, o por negarse a ofrecer sacrificios rituales al em-

⁵⁵ Eusebio, *HE* II 25,8.

perador como símbolo de lealtad. J. Gnilka, tomando 1 Clem 6,1s y Tácito, *Anales* 15,38-44, llega a concluir que hubo dos persecuciones en Roma en tiempos de Nerón. En la primera sufrieron persecución algunos miembros cristianos y en la segunda, después del incendio de Roma (19 de julio de 64), fueron objeto de martirio una gran multitud (*multitudo ingens*), culpada no tanto del incendio, cuanto del odio contra el género humano (*odio humani generis*). Pedro habría padecido el martirio en el año 64, aunque sin determinar si en la primera o segunda persecución, y como lugar de ejecución sería el circo de Gayo y Nerón, en el *ager Vaticanus*⁵⁶.

Pronto surgieron diversas leyendas en torno a la muerte de Pedro. En cuanto al modo del martirio se dice que Pedro fue crucificado con la cabeza hacia abajo (HechPe 35-40; cf. Eusebio, *HE* 3,1). Probablemente se trata de una invención, si bien por lo que se refiere a la crucifixión podría derivarse esa afirmación de Gal 2,19; Heb 6,6. Otra leyenda, tomada de los *Stromata* de Clemente, narra un encuentro entre Pedro y su mujer, quien va a ser martirizada antes que él (*HE* 3,30). Una de las más populares viene descrita en los Hechos de Pedro, con la escena *quo vadis, Domine?* (HechPe 35), la cual podría depender de 2 Ped 1,14.

Abordados los textos literarios más relevantes relacionados con nuestra temática, expondremos de forma sucinta la información que proporcionan las excavaciones arqueológicas de la colina vaticana.

3. Hallazgos arqueológicos

Otto Zwierlein estudia fundamentalmente las fuentes literarias. En la primera parte de su libro aborda, aunque de forma superficial, los resultados de los hallazgos arqueológicos de la necrópolis del Vaticano, porque juntamente con las fuentes literarias deben ser igualmente valorados en la discusión académica como demostración clave para la cuestión de la estancia de Pedro en Roma. En tres páginas recoge los complejos resultados de las excavaciones y para ello se basa casi exclusivamente en los artículos de Erich Dinkler publicados en *Theologische Rundschau* en los años 1959 y 1961. Respecto a los hallazgos bajo la basílica de San Pedro, concluye que los testimonios arqueológicos son tardíos, de finales del siglo III o inicios del s. IV. Según él, existiría entre los expertos unanimidad de

⁵⁶ Joachim Gnilka, *Petrus* 121s.

que no se puede verificar la existencia del sepulcro de S. Pedro, ni en la necrópolis bajo San Pedro ni en ningún lugar de Roma. Por el reducido espacio dedicado a las excavaciones arqueológicas en su libro, se constata que, para él, estas no son tan relevantes.

Desde que las excavaciones bajo la catedral de San Pedro comenzaron en la década de 1940⁵⁷ y culminaron con el anuncio oficial del Papa Pío XII en 1953 de que se había encontrado el verdadero vestigio de San Pedro, muchos estudiosos se han mostrado escépticos sobre la importancia de los descubrimientos. Incluso los más firmes defensores de la autenticidad del hallazgo aceptan que las tumbas más antiguas no muestran ningún claro rasgo distintivo cristiano, es decir, los sepulcros de los siglos I y II se asemejan a los enterramientos coetáneos y sencillos de la gente común de los barrios vecinos de Roma. Sin embargo, se han encontrado muchos detalles arqueológicos que ayudan a reconstruir las prácticas de sepelio y las actividades de culto. Hacia el año 160 d.C. se constata el interés de los cristianos romanos por el lugar de enterramiento mediante la construcción de un sencillo monumento que consistía en un nicho y un patio (el *tropaion Gaii*). El monumento probablemente se usó para reuniones, pero no como indicador de una tumba individual, ya que la memoria del lugar de la sepultura original de Pedro se perdió en el momento en que se erigió el trofeo (*tropaion*)⁵⁸. La existencia del *tropaion* no originó la creación de un cementerio exclusivo cristiano, sino que se integró en un lugar de enterramiento no cristiano de clase media. Solo en la era de Constantino, los cristianos llevaron a cabo una remodelación profunda del lugar, eliminando todos los rastros anteriores de la actividad de inhumación, excepto el espacio alrededor del *tropaion*⁵⁹.

⁵⁷ B. M. Apollionj Getti - A. Ferrua - E. Josi - E. Kirschbaum, *Esplorazioni sotto la confessione di San Pietro in Vaticano eseguite negli anni 1940-9*, Tip. Poliglotta Vaticana, Città del Vaticano 1951.

⁵⁸ Esta palabra griega significa „monumento de victoria“, o sea, monumento que conmemora la fuga (τροπή) del enemigo y, por consiguiente, la gloria del vencedor.

⁵⁹ Jürgen K. Zangenberg, „Gebeine des Apostelfürsten? Zu den angeblichen frühchristlichen Gräbern unter der Peterskirche in Rom“, Jürgen Zangenberg – Michael Labahn (eds.), *Christians as a religious minority in a multicultural city. Modes of interaction and identity formation in early imperial Rome. Studies on the basis of a seminar at the Second Conference of the European Association for Biblical Studies (EABS) from July 8-12, 2001, in Rome*, T & Clark, London – New York 2004, 108-138: “Beweisbar is der christliche Charakter keiner der Bestattungen, da sie sich weder in ihrer Form noch Ausrichtung oder hinsichtlich der Be-

En los años cincuenta y sesenta, el debate científico, a veces muy animado, se concentró en la cuestión de si la identificación de la tumba bajo el *tropaion* era compatible con la de Pedro y, por lo tanto, a menudo se asociaba con la fiabilidad de la tradición romana sobre el pescador de Galilea. Apareció una abundancia casi incalculable de publicaciones, a menudo muy controvertidas. Desafortunadamente, muchas preguntas quedaron sin respuesta, entre otros motivos debido a algunas omisiones en la documentación de los hallazgos durante las excavaciones, o por el inadecuado almacenamiento de algunos artefactos y, a veces, por las opiniones contradictorias de los científicos encargados de la publicación de los resultados de la excavación. Con la aparición de la publicación cuasi oficial de Engelbert Kirschbaum⁶⁰, el debate llegó a su fin de forma temporal, sin que, por supuesto, se lograra un consenso sobre la discutida autenticidad del sepulcro de Pedro⁶¹. En los últimos años, el debate se ha vuelto mucho más sosegado. La publicación de Peter Lampe⁶² sobre los cristianos en la ciudad romana en los dos primeros siglos, marcó de nuevo un progreso, en la que acertadamente separa las investigaciones arqueológicas referentes a las tumbas del planteamiento riguroso acerca de la autenticidad de la tradición petrina y de todas las cuestiones secundarias relacionadas. Sin embargo, solo el estudio sistemático de Hans Georg Thümmel⁶³ de 1999 permite una evaluación crítica de los hallazgos y de la bibliografía. Otras publicaciones posteriores han ayudado a arrojar luz sobre temas concretos. En este sentido, gracias a los nuevos estudios críticos, la perspectiva se ha ampliado de forma positiva.

Debido a los complicados descubrimientos arqueológicos y las dificultades para evaluar las fuentes históricas, se barajan las siguientes posibilidades para la tumba de Pedro, tal y como ha recogido Joachim

gleitfunde (Lampenfragmente, Tierknochen, Glasscherben) von dem unterscheiden, was wir über städtömischen Armenbestattungen des späten 1./frühen 2. Jh. n. Chr. wissen" (p. 128).

⁶⁰ Engelbert Kirschbaum, *La tumba de Pedro y las catacumbas romanas. Los monumentos y las inscripciones*, BAC, Madrid 1954.

⁶¹ Margherita Guarducci, *La tradición de Pedro en el Vaticano a la luz de la historia y de la arqueología*, Tip. Poliglotta Vaticana, Città del Vaticano 1963; *Le reliquie di Pietro sotto la Confessione della Basilica Vaticana*, Libreria editrice Vaticana, Città del Vaticano 1965.

⁶² Para las excavaciones cf. Peter Lampe, *From Paul to Valentinus. Christians at Rome in the first two Centuries*, Fortress Press, Minneapolis, MN 2003, 104-116.

⁶³ *Die Memorien für Petrus und Paulus in Rom. Die archäologischen Denkmäler und die literarische Tradition* (AKG 76), Walter de Gruyter, Berlin-New York 1999.

Gnilka⁶⁴: 1) Pedro fue enterrado en un lugar desconocido para nosotros en Roma y sus huesos fueron posteriormente trasladados a la colina del Vaticano, el lugar de su martirio. 2) Pedro fue enterrado en la colina del Vaticano. Durante la persecución valeriana, sus huesos (¿su cabeza?) fueron trasladados a la vía Apia y posteriormente devueltos a su lugar original⁶⁵. 3) Pedro fue enterrado en la colina del Vaticano, el lugar de su martirio, posiblemente en una fosa común. 4) Pedro fue enterrado en un lugar desconocido para nosotros en Roma. El edículo conserva pues el lugar de su martirio. La primera propuesta es la más improbable. La tercera y cuarta posibilidad de interpretación no obstaculizan la evaluación crítica de los hallazgos arqueológicos; el nicho, y más tarde el calendario, bien pudiera recordar el lugar de su martirio, tal vez una tumba cuya ubicación exacta no era bien conocida. Los descubrimientos arqueológicos de ninguna manera cuestionan la probabilidad de la historicidad del martirio romano de Pedro. Por el contrario, el antiguo “campo P” con un memorial dedicado a Pedro, transformado en un panteón y equipado con mosaico, atestigua la tradición conservada por la comunidad romana en este lugar, que finalmente llevó a Constantino a la construcción de la gran iglesia⁶⁶.

El cristiano romano Cayo escribió alrededor del 200 d.C.: “Puedo señalar los signos de victoria o trofeos de los apóstoles. Puedes ir al Vaticano o al camino a Ostia...” (en Eusebio, *HE* II 25,7). Ya nadie duda de que el *Tropaion* vaticano mencionado por Cayo haya sido excavado. El edículo

⁶⁴ Joachim Gnilka, *Petrus und Rom*, 41.

⁶⁵ H. Lietzmann, *Petrus und Paulus in Rom*, propuso que Pedro había sido enterrado cerca del lugar de su crucifixión en el Vaticano, y que Pablo fue sepultado cerca del lugar de su decapitación en la vía Ostiense, pero ambos cuerpos fueron llevados a un lugar común de enterramiento en un cementerio subterráneo, denominado catacumbas, durante la persecución de Valerio en 258 d.C., y sus restos serían devueltos a sus lugares originales en el siglo IV (336 d.C.). John C. O’Neill, “Who buried Peter and Paul?”, en: Jürgen Zangenberg – Michael Labahn (eds.), *Christians as a religious minority in a multicultural city*, 103-107, opina que la tradición del enterramiento de Pedro y Pablo por hombres devotos a la altura del tercer mojón de la vía Apia puede representar un antiguo evento, es decir, el sepelio realizado por devotos judíos de sus compatriotas equivocados que habían perecido en tiempo de Nerón: “Jews who had not accepted that the Messiah had come and been crucified by the Romans would yet feel it a sacred duty to give burial to their fellow Jews, Peter and Paul. If so, they would have placed their bodies in simple graves in their own catacombs” (p. 105).

⁶⁶ Winfried Weber, „Die Suche nach dem Petrusgrab. Zu den archäologischen Untersuchungen im Bereich der Confessio von St. Peter“, Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom*, 67-113, aquí 113.

se halla directamente debajo del ábside de la iglesia constantiniana. Todo esto significa que los constructores de la basílica, alrededor del 325 d.C., estaban convencidos de que el edículo era un monumento dedicado a Pedro. Pero si los cristianos de los años 325 d.C. conocen un memorial dedicado al pescador de Galilea sobre el Vaticano, y Cayo hacia el 200 d.C. también conoce allí un monumento dedicado a Pedro, entonces la identidad de los dos monumentos es tan buena como cierta. No obstante, los descubrimientos arqueológicos de la colina vaticana, por sí mismos, no permiten afirmar mucho referente al deceso de Pedro en Roma.

Conclusión

Iniciábamos el artículo con una pregunta y, llegados al final, tenemos que constatar que no disponemos de una respuesta segura a la misma. No existe certeza histórica absoluta sobre la estancia, ni sobre la muerte de Pedro en la ciudad de Roma, pero la probabilidad apunta en esa dirección⁶⁷. Hasta la segunda mitad del siglo II carecemos de testimonios explícitos al respecto. No obstante, las evidencias indirectas, aunque sus valoraciones son discutidas, dejan entrever su paso por la capital del imperio. En su actividad misionera, Pedro actuó muy posiblemente en círculos de comunidades paulinas (cf. 1 Cor 1,12; 9,5)⁶⁸ y en este contexto de expansión del mensaje de Jesús hacia occidente pudo haber llegado hasta Roma, donde podría haber fallecido durante el periodo de Nerón, e incluso haber sufrido una muerte violenta. Diversas fuentes literarias apuntan en esa dirección. La primera indicación de una posible estancia de Pedro en la ciudad del Tíber viene sugerida en 1 Ped 5,13. Por lo que se refiere a su muerte martirial, existe la tradición conservada en el evangelio de Jn 21,18ss. Otros dos testimonios indirectos (1 Clem 5 e Ignacio, *Rom* 4,3), provenientes de diversos lugares y sin conexión con Jn, pudieran vincular su martirio con la ciudad de las siete colinas. Aunque no afirman explícitamente que el pescador de Galilea hubiera estado en Roma, lo presuponen con cierta probabilidad. Por consiguiente, alrededor del año

⁶⁷ L. Wehr, *Petrus* 357, resume los resultados de la historia de la investigación sobre este tema de la siguiente forma: “Heute dürfte die Frage insofern geklärt sein, als sich zwar nicht zwingend nachweisen läßt, daß beide in Rom starben, daß aber die Wahrscheinlichkeit dafür spricht”.

⁶⁸ Martin Karrer, “Petrus im paulinischen Gemeindekreis”, *ZNW* 80 (1989) 210-231.

100 d.C. existía una tradición de la muerte martirial del apóstol asociada con la ciudad imperial. Y precisamente, esa memoria no proviene exclusivamente del lugar de los hechos, sino especialmente de Asia Menor. Ninguna otra comunidad cristiana reclamará posteriormente un tipo de vinculación semejante con la figura de Pedro, ni siquiera Jerusalén donde había sido el primer dirigente de la comunidad después de Pascua. Tampoco los enemigos externos petrinos (Porfirio) o quienes, precisamente en Roma, defendían un marcado paulinismo (cf. Marción o sus discípulos) frente a tendencias judaístas del cristianismo cuestionaron dicha tradición.

No se indican las circunstancias que envolvieron la muerte de Pedro. Sin embargo, la tradición posterior subraya su martirio bajo el reinado de Nerón, por lo que podemos suponer que las primeras indicaciones apuntaban también hacia aquel acontecimiento como un hecho. Las tradiciones narrativas referentes a Pedro sufrieron un mayor desarrollo a finales del siglo II. Los escritos anteriores, tales como el Apocalipsis de Pedro (Eth/Gk) o el evangelio de Pedro permanecen cercanos al material del siglo I. Donde la primitiva tradición guarda silencio, también el material de principios del II guarda silencio. Consiguientemente, tenemos unas vagas indicaciones de que murió en Roma, pero en base a las fuentes literarias no podemos afirmar ni excluir con seguridad que Pedro fuera martirizado. No existe una tradición segura que conecte el martirio de Pedro con la persecución de Nerón, ni una fecha segura de su defunción durante el reinado de este emperador. La Ascensión de Isaías 4,2-3 relaciona el martirio con la persecución general de la iglesia, pero no significa que Pedro muriera durante esa persecución. El apocalipsis de Pedro 14,4, considera la muerte de Nerón como un castigo por el martirio de Pedro, por lo que podría sugerir que este aconteció a finales del reinado de Nerón, aunque no necesariamente. Así pues, debemos reconocer nuestro desconocimiento preciso sobre la fecha de su muerte. Otras tradiciones que también se ponen en entredicho serían el hecho de que Pedro y Pablo murieron al mismo tiempo en Roma (Dionisio de Corinto, Ireneo); o que Pedro murió mientras Pablo estaba visitando España (canon de Muratori; última redacción de los Hechos de Pedro).

Por lo que respecta a los hallazgos arqueológicos, desde mediados del siglo II d.C. se impuso el reconocimiento y la veneración expresa de una tumba de Pedro en Roma⁶⁹. Al inicio, en este proceso no jugaron nin-

⁶⁹ La primera evidencia literaria para la tumba de Pedro en Roma es la aportada por Cayo (inicios del siglo III) conservada en Eusebio, *HE* II 25,7.

gún papel razones apologéticas o ideológicas, sino que el recuerdo de los muertos desempeñó una importancia central en la cultura romana. Con este recuerdo de los muertos, se habrá asociado desde el principio un conocimiento (real o supuesto) de las tumbas de Pedro y Pablo.

Sorprende la vinculación de estos dos personajes importantes del cristianismo antiguo con la ciudad Roma⁷⁰. Pablo no había sido el fundador de la comunidad romana, sin embargo tenía muy buenos contactos en ella (Rom 16), hasta el punto poder considerar a la comunidad romana como filopaulina. Sin embargo, la tradición latina occidental resaltó desde muy antiguo la autoridad de Pedro, incluso sobre Pablo, a pesar de que el pescador de Galilea no había dirigido ninguna carta a esa comunidad. Es más, en la tradición oriental, donde aparece indicada la unidad de los dos apóstoles, Pedro viene mencionado casi siempre en primer lugar. ¿A qué se debió este hecho? Pudiéramos imaginarnos que la vinculación de Pedro con Roma fuera una creación de ciertas corrientes proto-ortodoxas de la capital del imperio durante el siglo II frente al excesivo paulinismo existente en la ciudad durante la época de Marción, pero vemos que las tradiciones petrinas no provienen exclusivamente de esa localización geográfica y Marción hubiera criticado esa invención. Tal vez, algún acontecimiento histórico decisivo vinculó para siempre la figura del pescador de Galilea con la ciudad del Tíber en detrimento de la figura paulina. Este hecho posiblemente fuera el martirio que Pedro sufrió en la ciudad que es reconocida como centro del imperio. Pablo, por el contrario, pudo haber muerto en Roma, aunque por instigación de los mismos cristianos o de muerte natural. Roma absolutizó a Pedro y vio en él al portador de autoridad de esa comunidad. En los siglos III-V, los obispos romanos se considerarán sucesores y herederos de Pedro, pero en ningún documento se nos indica que fueran sucesores de Pablo.